

DISCURSO A LA VIRGEN MARIA

Discurso pronunciado por el señor Ministro de Educación Nacional, doctor **Aurelio Caycedo Ayerbe**, durante el acto académico celebrado en el Teatro de Colón, con motivo del Tercer Congreso Mariano Nacional.

La esposa del carpintero caminaba con los ojos puestos sobre el borde cada vez más oscuro de la sierra. Un humo azul entre el ramaje de los árboles y el lento golpe de una madera que alguien resquebrajaba como leña, avisaron de lejos que aquella era la casa de Zacarías y de Isabel. La tarde estaba plácida y el aire húmedo de la montaña parecía borrar la fatiga del viaje. El paso de María se hizo más rápido, casi tanto como la brisa que había venido a refugiarse entre los pliegues de su manto. Su plegaria antes quieta y profunda comenzaba a crecer amenazando desbordarse de su alma. Era una misteriosa marea de fuego y de aceite pacífico corriendo entremezclados por su sangre. Hasta el cielo, de un color azul hondo empezaba a mancharse en rojos bermellones. La viajera no alcanzaba a entender ese júbilo que crecía en Ella como un árbol de incienso desde sus plantas hasta la línea de su cuello. Un júbilo imposible de imaginar y casi imposible de soportar como si fuera no sólo suyo sino de todas las criaturas, tan hondo que atravesaba el mundo, tan rumoroso como un río, como un hablar de raza, como todas las plegarias cumplidas de todos los abuelos difuntos.

Los dedos de Isabel se detuvieron en medio del vellón que cargaba. Enderezó la raíz de su cuerpo porque se lo pedía el hijo de su vientre y sus ojos grises y mansos vieron a María que llegaba. "De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a verme" gritó mientras sus labios secos se inundaban de mieles. Junto a la vieja prima de rodillas, la doncella de Nazaret sintió que el júbilo se le desataba en palabras:

"Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu está transportado de gozo en el Dios salvador mío.

Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava; por tanto ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

Porque ha hecho en mí cosas grandes. Aquél que es todopoderoso, cuyo Nombre es santo; y cuya misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen.

Hizo alarde del poder de su brazo; deslizo las miras del corazón de los soberbios.

Derribó del solio a los poderosos y ensalzó a los humildes.

Colmó de bienes a los hambrientos; y a los ricos despidió sin nada.

Acordándose de su misericordia, acogió a Israel su siervo; según la promesa que hizo a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia por los siglos de los siglos."

Estamos aquí bajo el imperativo de su profecía. Hemos venido a decirle bienaventurada y a celebrar después de dos mil años de gozo, su humildad y su gloria. Nuestra veneración por Ella implica el más profundo acto de fe, de amor y de esperanza, pues su figura cifra las más hondas esencias y debe contemplarse con lumbre teológica en los ojos para saber reconocerla como Isabel, no sólo en su condición humana y peregrina sino de sitio donde la sangre de Israel desemboca en la historia del mundo, de lugar donde el tiempo rompe las puertas de lo eterno.

Viejos imagineros del arte religioso colonial en América solían representarla virginal sobre un lirio y soberana sobre un globo de plata, alada y guerreadora, aplastando con su planta la cabeza de la serpiente y alto el brazo para descargar sobre el mal la saeta de la victoria. Porque Ella es el honor de la especie humana y la vengadora de la raza decaída de Adán. Dios ha querido asociarla de manera tan íntima a su pensamiento que la hizo no sólo un medio en el proceso de nuestra redención sino segunda Eva, corredentora que se suma al Cordero. Ella es la morada que desde el principio y antes de que fueran los tiempos Dios había decidido edificar para sí mismo y sólo el constructor de semejante maravilla puede medir su dignidad y su grandeza. De esa destinación excelsa arrancan todos sus otros privilegios. La divina maternidad le confiere a María el derecho a una virginidad intacta y a un origen sin mancha. Tiene la totalidad

de las preeminencias, de las virtudes y los dones de modo que ha llegado a decirse que ni Dios pudo hacerla más rica y más hermosa. No hay alabanza que no se le haya tributado en el imposible deseo de que las palabras expresen algo de su imponderable excelencia. La contemplación de su dignidad ha sido el más alto espectáculo de los siglos cristianos y en Ella han descansado con amor y deleite todos los ojos de los santos. El tiempo ha ido descubriendo su historia extraterrena, su insondable parentesco teológico con la divinidad como Hija del Padre, como Madre del Hijo y como Esposa del Espíritu Santo. Siglo tras siglo ese avance dogmático, esa publicación del secreto de Dios, ha caído como maná sobre el nuevo Israel, alimentando la fe de las muchedumbres. La historia de la Iglesia es en alta medida el desarrollo de la mariología. Un especial designio ha permitido que la figura penumbral y doméstica del Evangelio se convierta en vanguardia de la fe y en reina incontrastable de los creyentes. María no es solamente la niña de tres años que sube con andar de paloma la escalera del Templo, la doncella hilandera de Nazaret, la obediente esposa de José, la madre discreta, la muda y dolorosa mujer que espera junto al patíbulo del Hijo. Merced a esa inefable ambivalencia de lo temporal y de lo eterno, de lo que es aparente y de lo que es real según la vista del Hacedor, el nombre de María se enlaza a los más dulces misterios y trasciende de modo incalculable su vida terrenal.

Ella preside el devenir de los pueblos y está presente o tácita en la historia de todas las naciones. Cuando una nueva tierra se convierte a la fe, María es la primera verdad que adoptan los corazones descubiertos. Asimismo su culto retrocede o se oscurece en medio de los cismas y de las herejías, pues la Madre del Señor, Reina de los Apóstoles, es la mensajera del Hijo, la puerta de la verdad y el borde iluminado de la aurora. María no es solamente figura de la fe sino también total respuesta a ideales humanos de hermosura y pureza escritos en el fondo de todos los espíritus. Su presencia dogmática es alimento insustituible de los pueblos y vínculo colectivo perfecto. Las naciones católicas han crecido literalmente en sus rodillas, al borde de manto y al amparo de su sonrisa.

En ese instante quieto de la historia en que los pueblos parecían dormir un hondo sueño, entre las ruinas del Imperio Romano, mientras pastores y rebaños se acostumbraban al paisaje de arcos y esta-

tuas derribados y en las florestas comenzaban a retoñar el trébol, las margaritas y el ababol, pisoteados por los caballos invasores, un Imperio distinto iba brotando silencioso y potente como una primavera, el culto de la Virgen María. La violencia y el placer quedaban proscritos como razones de la vida y el mundo se abría a un alba de misericordia y de pureza. Navegantes de Patmos y de Creta se hacían a la mar invocando su amparo. Los caminantes le encomendaban el feliz término del viaje. El símbolo de la salutación angélica se extendía por lápidas y muros y en el umbral de las viviendas ardía su nombre en la luz de las lámparas de aceite. Dedos de artesanos piadosos comenzaban a dibujar su imagen con los intrincados colores del mosaico. Pronto se alzaron capillas en su honor. Los caminos comenzaban a ser distancia escueta entre uno y otro de sus santuarios. Siglos después en torno de ellos se forjarían los pueblos, las abadías y las ciudades. A medida que los campesinos asediados por el invierno y por los lobos, por la rapacidad de los barones, y los malos espíritus del bosque demandaban refugio a las plantas de la Divina Dama, nacía una sociedad renovada, libre de pecado y terror. Desde la altura de sus altares Ella enseñaba a todos con su atenta mirada, con su quieta paciencia de estatua. Su leyenda iba haciendo florecer bárbara aún, romántica o gótica la piedra en forma de capitel y de columna. Y los idiomas recién nacidos y balbucientes aprendieron a andar cantando sus alabanzas, repitiendo sus glorias y dolores en estrofas de arrobadora candidez. Gracias a Ella hubo cánticos nuevos en los campos y las voces aprendieron a sumarse en inmensa polifonía para decirle: Puerta del Cielo, Estrella de la Mañana. Las muchedumbres iban extrayendo de la cantera de su poesía, del fondo de sus penas las más bellas palabras para tejer el collar de las letanías lauretanas. Todos los títulos y privilegios de María han debido ser descubiertos, excavados entre la noche de la fe por el pueblo cristiano como si Dios que se los otorgó todos, deseara que los hombres fueran dando una tras otra joyas a esta divina soberana.

Cada siglo y edad está sellado por una revelación mariana, por un particular aspecto de su ternura. Ella es poderoso motivo de la historia entendida en su forma más honda, providencial y misteriosa. Ella viste con su nombre la carabela capitana de Colón en la travesía sin orillas y trae arropado en las velas de la nao, como en su manto maternal, el presente de Cristo. La primera ciudad edificada por

manos de católicos en Tierra Firme es bautizada Santa María la Antigua del Darién. Poco después se vestirá de india para hablar a Juan Diego en la montaña mexicana, como un símbolo de que estaba de parte de los débiles. Desde la alta California hasta el dorado Paraguay donde se cumple la utopía irrealizable, la Virgen estará presidiendo el desarrollo de las nuevas naciones.

Colocada más allá de los tiempos, contemplando desde su jerarquía de estrellas el sucederse de los pueblos, María no pierde intimidad ni logra distanciarse del último de los seres humanos. Está en el centro de la especie, como nuevo árbol del paraíso, atada en su raíz a cada uno de los mortales. El arca de la alianza es la figura de su vientre, sitio donde Dios y los hombres sellan la paz y conciertan hermandad perdurable. "Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" —dice San Juan— con esa gigantesca sobriedad de lenguaje. Dios se viste los huesos y músculos de Adán con dolor absoluto, con fatiga de alma y cuerpo, tristeza y aguijón de la angustia. Lo hizo en el seno de María por todos y cada uno de nosotros y nos dejó a su Madre como madre de todos y cada uno de nosotros. Si hubiera sido necesario hacerlo por uno solo de los vivientes lo habría hecho, y si hubiese necesitado morir tantas veces como el número de hombres y mujeres del mundo también lo hubiese hecho. Y su Madre se habría entregado con El muriendo tantas veces como fuese preciso para cumplirse la voluntad del Padre. Así amó Dios al mundo. El no nos quiere como especie sino como individuos. A sus ojos no existe rostro anónimo y la masa como suma de números. A diferencia de la filantropía que es vaga en el objeto de su afecto, la caridad es exclusiva y Dios que es Caridad ama de manera infinita y particularísima.

La dignidad de la persona humana consiste en ser objeto de ese amor sin valla y sin medida que algunos llamaron la locura de Dios. Pero el hombre que es la medida de las cosas creadas usa su pequeñez para tasar los designios eternos. Nuestra razón se repliega de continuo ante el misterio de la caridad inefable. Los filósofos y los sabios de Atenas rieron del Apóstol San Pablo que les hablaba de un Dios crucificado y muerto porque la Redención excede completamente las fuerzas naturales de la inteligencia y únicamente la gracia puede superar la antinomia de la miseria terrenal que vivimos y de la dignidad de nuestro destino y nuestro origen. Roto por el pecado original el corazón del hombre apenas si conserva una vaga me-

moria de niño desterrado. Lo divino es en él un atenuado rastro. Lo fuerte es la soberbia de la vida, la concupiscencia de la carne, la fragilidad del entendimiento, la inestabilidad de los afectos, la capacidad inagotable de dar dolor y de dolerse. Por ello la verdad revelada lo contradice y lo sorprende. Pero María tiene el don prodigioso de calmar el escándalo de la inteligencia y de sellar la paz entre la turbulencia de la razón y la apetencia de la fe que conviven y pelean en el alma. La Redención está en sus manos en el instante en que el espíritu hace dejación de sí mismo y entrega su destino aparente y social como parte de un destino integrador y eterno; cuando se rompe la soledad interior para dar paso a la compañía del misterio; cuando la fe se pone en movimiento hecha amor y esperanza después de haber reconocido el límite de las fuerzas propias y el tremedal del yo insaciable. Ella ha sido instituida como puente entre lo asible y lo inasible, como escala del corazón. En el plan redentor ocupa el sitio inmediato a la cruz para que entendamos por su dolor el sacrificio de su Hijo; está sobre unas pajas entre el asno y el buey, madre sin abrigo y sin techo, para que comprendamos por su pobreza la abnegación total del Verbo y la ternura de su entrega. María es una figura correlativa a la de Cristo del que es inseparable y al que conduce siempre. Su papel es mediar entre el Salvador y el pecador como Madre de ambos.

Dios que quiso comparar por boca del Profeta su justicia a los montes y su misericordia a los cielos, ha hecho de María el testimonio excelso de su bondad. La instituyó como abogada, defensora y Madre de cada hombre en especial, nombrándola dispensadora de sus gracias, puerta del cielo y llave de sus tesoros. En la historia no escrita de las almas María juega un papel esencial cuya revelación nos será hecha al final de los tiempos, al cabo de los cuales está Ella revestida de sol, según dice San Juan en el **Apocalipsis**.

Desde el principio de la Iglesia se le ha invocado **Estrella de los mares**, indicando la necesidad de su luz para la travesía de la vida. **Respiración y aliento de todo cristiano** la llama San Germán, mientras San Antonino, San Epifanio, San Cirilo de Alejandría, San Efrén, reconocen en Ella el principio de la salvación. **Salud de todos** los que la invocan, dice el Salterio Mariano. En el fondo de la conciencia cristiana reside la certeza de que María es una prueba del futuro Edén, un anticipo de la dulzura eterna. Ella seca las lágrimas con su

alegría profunda, enriquece la miseria con el oro de su piedad, cura con la salud de su esperanza y es, por tanto, la compensación y el refugio de todos, la sabiduría del sabio y la fuerza de los débiles. Con palabras que crecen a través de los siglos, San Bernardo de Claraval la ha llamado **vida, dulzura y esperanza nuestra**. Majestuosa en su forma y desgarradora en la profundidad de su sentimiento, la Salve no es un medio poético de expresión sino un credo mariano confirmado por la experiencia universal de los fieles.

De todos los títulos de María ninguno más eficaz y más conmovedor para el hombre moderno que aquel de **Esperanza de los desesperados**. Simbolizada por la llama en medio de las tinieblas del templo, está profundamente confundida a la noción de claridad y de certeza, de limpidez y gozo. María es ante todo, el refugio, la defensa y el escudo, la que libra del mal y del terror, la que aplasta al dragón y descubre la aurora. Es la antítesis viva de las fuerzas proclives, de las oscuras aguas que corren bajo el suelo y se filtran en el espíritu del hombre. En torno de sus catedrales y huyendo del terror se agrupó la Edad Media. Los endriagos y brujos, los duendes y demonios huían de Ella como vampiros alcanzados por una súbita mañana. El arte gótico representa su triunfo en la claridad policromada de los vitrales mientras las gárgolas y grifos muerden con furia inútil los techos de pizarra.

Las apariencias del terror han variado y el hombre no teme el maleficio de los brebajes, el daño de los ojos perversos, el hechizamiento y el enjambre de pequeños agujeros, ni siquiera la invasión de la peste. Como la sombra al cuerpo, cada época tiene su miedo colectivo que la caracteriza su propia amenaza. El hombre actual ha llegado a temerse a sí mismo. Confió exclusivamente en su razón y su razón lo ha abandonado. Duda inclusiva de su libertad y de su objeto. Nuevas teorías lo hacen esclavo del instinto, del hábito, del ambiente, de la herencia y le trazan sus mecanismos de conciencia. Entretanto el Estado lo relega a un papel subalterno y esclavo con relación a lo social y a lo técnico. El hombre de hoy es una especie de intruso en el mundo que ha construido con sus manos. Al orgullo racionalista que afirmaba como dogma social en el albor del siglo XIX el progreso constante e ilimitado de la especie, sucede una filosofía de derrota que busca como último refugio una certeza en la existencia. Al naturalismo igualitario que enseñaba la bondad innata de los seres humanos y su capacidad de elevación, contrariando profundamente el dogma del pecado de Adán, sucede hoy una praxis po-

lítica inspirada en el desdén de todos los valores humanos comenzando por despreciar la vida misma y terminando por alterar el psiquismo consciente de sus víctimas con procedimientos de una crueldad nunca antes igualada. En menos de treinta años la mitad de la tierra ha sido aprisionada en el terror y media humanidad soporta una tiranía sin antecedentes por cuanto tiene de reto y de insulto al espíritu. Mientras naufragan las nociones morales y peligra el cimiento cristiano de la civilización los medios técnicos se multiplican con rapidez inverosímil de suerte que nunca el mal ha estado como hoy tan armado y tan fuerte, tan cercano y tan avasallante, amenazando por igual la independencia de los pueblos y la libertad de los hombres.

La celebración de este Año Mariano que culmina al filo casi de las campanas navideñas tiene el sentido de una ofensiva espiritual. A la voz del amado Pontífice la Iglesia militante se dirige a María para honrarla en el dogma ya centenario de su Inmaculada Concepción y pedirle que salga a la defensa de la cristiandad y despeje los caminos cerrados. Mientras la vida de Pío XII parece vacilante como otro cirio ofrecido por estas intenciones supremas, de todos los continentes y los mares crecen más las plegarias a la Reina del cielo y de la tierra. En el coro de naciones católicas Colombia eleva su voz hoy con el más sincero y hondo de los afectos, teniendo ante los ojos todo el pasado de religiosidad que ha hecho nuestra historia y ha configurado nuestra existencia como pueblo. No es este, pues, un frío acto oficial sino el vivo testimonio de que en Colombia la fe sigue siendo el más estrecho vínculo colectivo, la más poderosa razón de que nos sintamos unidos, el estímulo más fuerte para trabajar en común por unos mismos ideales de vida digna y libre. Nos dirigimos de modo particular a la Virgen Santísima en su calidad de Reina de Colombia y en su advocación de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá para rogarle a Ella, aldeana cariñosa que ha recibido las frutas, las oraciones, las lágrimas y la sencillez de nuestros promeseros, siga mirando con amor y bondad a esta su tierra. Que Ella nos dé su paz en las ciudades y veredas, su protección contra el peligro que sopla desde fuera o se desata desde dentro, su luz para advertirnos los escollos del error y del mal, su fuerza para luchar por todas las verdades e ideales que hacen mejor al hombre y más noble la vida. Que nos envuelva a todos en la dulzura de sus ojos maternas para que pueda reflejarnos a todos en los ojos de Dios.